

A vuestros oídos llegará un rumor sordo: es el hálito de muerte de las grandes ciudades; tal vez el eco de una canción ó el sonido de una pequeña campanilla, un rebaño y un guardián que os darán cuenta de su existencia en medio de aquellas soledades; el sol herirá vuestras pupilas con menos fuerza; el viento será más puro, vuestra respiración menos tranquila; dejareis en el llano algo de vuestro habitual modo de ser para modificar, siquiera momentáneamente, diversas ideas y diversos sentimientos; las flores agrestes y las plantas aromáticas os enviarán su perfume: podreis meditar, nada ha de interrumpiros; sentireis el helado soplo de abandono, pintado de un modo indefinible en el alma, desconocido para la imaginación.

España.

CIRILO CORTAZAR.

MATER DOLOROSA.

Voz de dolor el canto del poeta
Debe ser este día:
¡Quién del arpa inmortal del Rey profeta
Me diera la armonía!

¡Quién me diera cantar con voz sublime
Y corazón contrito,
De la Madre del Dios que nos redime
El dolor infinito!

De Adán sobre la antigua sepultura
La Cruz está clavada,
Porque nos lave de la mancha impura
La sangre inmaculada.

Inmóvil, cabe el leño donde espira
El inocente, el Santo,
La Virgen Madre, que el tormento mira,
Derrama acerbo llanto.

Con nuevos golpes la feroz tortura
Su corazón lacera;
Si divina no fuese, á su amargura
La madre sucumbiera.

Hace su amante corazón pedazos
Del Hijo la agonía;
¡Cuál recuerda que niño entre sus brazos
A su amor sonreía!

Que á su nacer, los mundos celestiales
Brillaron con luz nueva,
Y mostraba un querub á los mortales
La venturosa cueva.

Sobre aquel sitio se paró la luna,
Los ángeles cantaron,
Y cabe el heno de la humilde cuna
Los reyes se postraron.

Desnudo, escarnecido, abandonado
Del Padre Omnipotente,
Hoy las culpas de todos se han lanzado
Sobre su pura frente.

Sobre su frente que ciñó de abrojos
Embrutecida plebe,
Cuando en el cielo el querubín de hinojos
Ni á mirarla se atreve.

Hiel y vinagre á la divina boca
Lleva el vulgo ciego,
Y en cambio el Justo por la turba loca
Levantaba su ruego.

De Abel la sangre demandó venganza
Con grito perdurable,
La del que fuera ¡oh Virgen! tu esperanza
Perdón para el culpable.

Sin morir viste el sin igual martirio
De la eternal Alteza;
Al fin al pecho cual tronchado lirio
Se inclinó su cabeza.

Nublóse el sol, estremeciósse el mundo,
Las peñas se rasgaron,
Y de los antros del sepulcro inmundo
Los muertos se lanzaron.

Huyó el gentío entre la sombra impura
Cual fiera despeñada;
Sólo la madre se quedó en la altura
Á la Cruz abrazada.

Eva divina del linaje humano,
Estrella de bonanza,
Mira este siglo que en su orgullo insano
Hacia el abismo avanza.

Márcale rumbo á su anhelo incierto,
Y en el valle del llanto
No deje cual simoun en el desierto
Desolación y espanto.

No se pierda la sangre de tu Cristo
Por nosotros vertida,
Ni caiga en todos cual caer se ha visto
En la raza deicida.

Caiga cual lluvia en agostada yerba
La fe sobre el impío,
No arrastre al bueno multitud proterva
Cual sus ondas el río.

Barcelona.

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

MAGDALENA.

¡Te conocí soñando, Magdalena!....
Cruzó el revuelto mar de las edades
Mi espíritu agobiado por la pena,
Y á orillas del hermoso Tiberiades,
Sobre los campos de Medjdel desiertos,
Buscó en la triste soledad abrigo,
Y te llegó á encontrar y habló contigo
Con el lenguaje extraño de los muertos.

De Medjdel á Tell-Hum, ya fatigado,
Como un ave del mar, doblando el ala,
Cruce por Dalmanutha y por Bethsaida,
Dejó Caphar y me interné en Magdala.

El lago estaba quieto, de sus ondas
Un resplandor tristísimo surgía;
Los arbustos sin aves y sin frondas
El viento de la noche sacudía....
Y en una abrupta roca mal colgada
Del hoy desierto y misterioso monte,
Te pude ver llorando arrodillada
Vuelta la vista al lúgubre horizonte.
El fugitivo rayo de la luna,
Como celeste nimbo tu cabeza
Bañaba en ténue claridad, ninguna
Mujer tuvo más gracia, más belleza,
Más amarga aliección ni más tristeza
Que las que reflejaba tu semblante,
Y que en aquellas horas tan tranquilas
Miré con esos ojos sin pupilas
Que le mostraron el infierno al Dante.

¿Qué te dije? ¡No sé! Cal á tus plantas,
Vi tu rostro tan dulce ya marchito,
Tu frente sin color, tu rubio pelo,
Tus rugosas y lividas mejillas,
Y en alto y juntas demandando al cielo,
Tus manos descarnadas y amarillas.

¿Quién eres? pregunté.... Turba un momento
Tu éxtasis de dolor, tu eterna lucha....
Me viste entonces, y con dulce acento,
— ¡Soy Magdalena!.... respondiste, escucha:
«Yo soy la Magdalena pecadora
Por la mano de un Dios regenerada,
La que hoy disfruta de la eterna aurora
Surgiendo del abismo de la nada....
Bella estatua de barro deleznable
En el alma llevando el anatema,
Mi vida tormentosa y miserable
Es de la triste humanidad emblema....
Entregada al placer, manché las alas
De la fe, del amor, de la inocencia....